

En búsqueda de la Verdad

*Algunas consideraciones sobre el docente
como Agente de Pastoral en las Universidades
a partir de la Lumen Fidei*

Resumen:

A partir de LF 34 se profundiza la figura del educador universitario católico como agente de pastoral: el docente es agente de pastoral en la universidad cuando se deja cuestionar a sí mismo por la fe que profesa y permanece siempre en búsqueda de la Verdad: Verdad que cuestiona e ilumina, que nos hace humildes, que busca el bien común, que nos lanza a la realidad con espíritu crítico y nunca conformista. La consideración del docente como agente de pastoral universitaria implica, sobre todo, comprender vitalmente que la fe ensancha los horizontes de la ciencia y de la razón.

Autor:

Pbro. Ernesto Fiocchetto

Sacerdote

Asesor de la Pastoral Universitaria de la Arquidiócesis de Mendoza

Bachiller en Teología – Universidad Católica Argentina

Tesista de la Licenciatura en Sociología – Universidad Nacional de Cuyo

Estudiante Avanzado del Profesorado de Filosofía – Seminario

Arquidiocesano Ntra. Sra. del Rosario (en convenio con Universidad Católica Argentina)

p.ernesto.fiocchetto@gmail.com

VII Encuentro Nacional de Docentes Universitarios

Área 2: La ciudad humana: sociedad, ambiente, economía

Comisión: "El rol pastoral del docente en la realidad universitaria y eclesial actual"

Introducción

En el contexto cultural y eclesial actual, la tarea del docente universitario implica un gran desafío. Sabemos que, como el Santo Padre Benedicto XVI les señalaba a los jóvenes profesores universitarios españoles,:

«a veces se piensa que la misión de un profesor universitario sea hoy exclusivamente la de formar profesionales competentes y eficaces que satisfagan la demanda laboral en cada preciso momento. También se dice que lo único que se debe privilegiar en la presente coyuntura es la mera capacitación técnica. Ciertamente, cunde en la actualidad esa visión utilitarista de la educación, también la universitaria, difundida especialmente desde ámbitos extrauniversitarios. Sin embargo, vosotros que habéis vivido como yo la Universidad, y que la vivís ahora como docentes, sentís sin duda el anhelo de algo más elevado que corresponda a todas las dimensiones que constituyen al hombre. Sabemos que cuando la sola utilidad y el pragmatismo inmediato se erigen como criterio principal, las pérdidas pueden ser dramáticas: desde los abusos de una ciencia sin límites, más allá de ella misma, hasta el totalitarismo político que se aviva fácilmente cuando se elimina toda referencia superior al mero cálculo de poder. En cambio, la genuina idea de Universidad es precisamente lo que nos preserva de esa visión reduccionista y sesgada de lo humano.» (Benedicto XVI, 2011)

Así, el docente universitario de hoy se encuentra en medio de esta mirada utilitarista y pragmática por un lado y el gran ideal de la Universidad como aquella institución que *«ha sido, y está llamada a ser siempre, la casa donde se busca la verdad propia de la persona humana.» (Idem.)* En este contexto por demás complejo la fe juega, y debe jugar cada vez más, un rol fundamental para el docente católico.

Cabe aclarar que no hablo del docente de una universidad católica. Hablo del docente que profesa su fe católica e intenta ser fiel a lo que profesa en el ámbito universitario: público o privado, confesional o no confesional. Debemos reconocer que en nuestro país no hay universidades tan laicas en las que la Iglesia Católica no tenga lugar alguno (al menos en la persona de los profesionales que allí educan y en gran parte del alumnado); ni universidades tan católicas en las que la fe no sea puesta en cuestión, infravalorada o incluso olvidada. En fin, el docente no deja de ser católico en la universidad pública, ni se hace católico en la universidad confesional.

Entonces, surgen muchas preguntas: ¿Cómo encara su tarea docente y pastoral un profesor católico? ¿Hay distinción necesaria entre tarea pastoral y docencia? ¿Hay algún punto donde ambas tareas se unen? ¿Qué lugar tiene la fe en su trabajo y en su ciencia? ¿La fe en relación con la ciencia brinda al docente alguna seguridad o esta queda reservada sólo a su vida personal o “espiritual”? ¿Qué postura toma un docente católico a partir de la seguridad que le brinda la fe? En definitiva, ¿qué lugar ocupa la fe en la vida profesional de un docente universitario?

Propongo que profundicemos algunas palabras del Santo Padre Francisco en su Encíclica *Lumen Fidei*, en particular el número 34. Esta carta, escrita a partir de la redacción de su predecesor Benedicto XVI, puede acercarnos a la Luz de la fe que ilumine nuestra labor docente en el mundo universitario.

1. Una fe que cuestiona e ilumina los interrogantes de nuestro tiempo

La luz del amor, propia de la fe, puede iluminar los interrogantes de nuestro tiempo en cuanto a la verdad. (LF 34)

Más allá de cualquier postura epistemológica, es ampliamente aceptado que el conocimiento, la investigación, el saber comienzan con una “idea” que se convierte en pregunta, interrogante, problema para la razón humana que busca respuestas. De hecho, puede afirmarse que la capacidad de los humanos de hacer preguntas, imaginar y buscar respuestas está en el origen de la cultura (Wartofsky, 1968) Cuando la respuesta a estas preguntas se desarrolla a partir de un método científico porque su objeto y su abordaje así lo requieren, estamos ante un hecho propiamente científico. La capacidad de plantearse preguntas ha sido y es uno de los principales desencadenantes de las aportaciones científicas relevantes. Sin preguntas no hay ciencia, no hay posibilidad de conocimiento.

Juan Pablo II, en *Fides et Ratio*, nos advertía que

«una simple mirada a la historia antigua muestra con claridad como en distintas partes de la tierra, marcadas por culturas diferentes, brotan al mismo tiempo las preguntas de fondo que caracterizan el recorrido de la existencia humana: ¿quién soy? ¿de dónde vengo y a dónde voy? ¿por qué existe el mal? ¿qué hay después de esta vida? (...) Son preguntas que tienen su origen común en la necesidad de sentido que desde siempre acucia el corazón del hombre.» (FR 1)

Ante esta concepción de la capacidad humana de generar interrogantes como inicio del conocimiento, la fe hace al mundo universitario un doble aporte:

Una fe que cuestiona

En primer lugar la fe es generadora de preguntas en varios sentidos. Destacamos tres instancias que pueden ser exploradas por los docentes:

- El mundo de hoy pone en cuestión la fe y la voz de la Iglesia debido a una relativización de las instituciones y a un proceso de subjetivación de creencias. *«Esta relativización de las ortodoxias representadas por las instituciones religiosas, se inscribe en un movimiento más profundo de desplazamiento del régimen de la verdad cuyo eje pasa de las autoridades religiosas garantes de la verdad de la creencia al individuo mismo quien confiere la autenticidad de su propia perspectiva espiritual.» (Hervieu-Léger, 2008)* Hijos de nuestro tiempo, muchos de nuestros alumnos y colegas se plantean cotidianamente preguntas en torno a la fe y desde su propia individualidad intentan buscar respuestas: algunos acercándose a la voz autorizada de la autoridad eclesial, otros, quizás la gran mayoría, desde sus propias convicciones; unos intentando un diálogo conciliador entre posturas

encontradas, otros con una actitud crítica que cierra la posibilidad de acercar posiciones. Es un gran desafío para el docente universitario transformar los cuestionamientos a la fe en instancias de aprendizaje científico. La fe cuestionada devuelve a la ciencia las preguntas que le corresponden a su ámbito y busca ofrecer una respuesta a aquellas que pertenecen al suyo.

- Así también es importante cuestionar al conocimiento racional desde la fe. El hombre creyente debe «dar razón de su esperanza» (1Pe 3,15). El desarrollo del conocimiento científico y de los diversos saberes humanos tiene mucho para decirle al mundo de la fe cuando es bien cuestionado. Quizás en estos momentos en los que el utilitarismo, el pragmatismo y el tecnicismo se han ido adueñando y empobreciendo el mundo del saber universitario, la fe sea mucho más necesaria de lo que pensamos, incluso para aquellos que no creen. Cuando la fe cuestiona, lo hace desde la profundidad de su mirada antropológica, mirada que muchas veces nuestros claustros universitarios han perdido.
- Pero también, y aquí quizás esté el desafío mayor, nosotros mismos como docentes universitarios tenemos que dejarnos cuestionar por la fe. No sólo en la moral, en lo actitudinal, en lo espiritual, sino que tenemos la obligación de dejar que la fe cuestione nuestros propios conocimientos científicos para que este enriquecimiento planteado anteriormente entre la fe y la ciencia encuentre en el docente católico un recinto primero de búsqueda de diálogo. Sin este diálogo interno, la actitud externa de cuestionar y dejarse cuestionar será imposible o, en el mejor de los casos, forzada y por lo tanto poco convincente.

Una fe que ilumina

En segundo lugar, la fe es también capaz de dar respuestas a las preguntas que la ciencia no puede responder porque no le corresponde por su ámbito. Recordar la poética imagen que utilizaba Juan Pablo II al inicio de su Encíclica puede ayudarnos: «*La fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad.*» (FR) No se puede pretender llegar a la verdad sólo con una de estas alas. La fe responde preguntas vitales de la existencia humana que sobrepasan el ámbito científico y racional, aunque siempre tienen que estar en diálogo y consonancia con este. Para un docente universitario, para un científico o para cualquier hombre de la cultura es tan necesario comprender los límites de su saber, como para un hombre de fe los límites de su ámbito que dan lugar a lo que el Concilio Vaticano II llamó «*la justa autonomía de la realidad terrena*». (GS 36) El ejemplo es obvio pero gráfico: es tan absurdo intentar comprobar científicamente la existencia de Dios o la presencia del alma en el hombre como intentar encontrar en las Sagradas Escrituras una explicación científica de la creación o un fundamento científico de la dimensión espiritual del hombre. Ambas posturas implican un reduccionismo epistemológico y antropológico que, para los hombres de fe, deviene de algún modo en una contradicción con el modelo cristológico que rige nuestra fe.

Esta «*justa autonomía*» nunca puede implicar separación total del saber razonable de la fe y del saber racional científico. La justa autonomía implica diálogo y armonía y nunca división o subordinación de saberes. Implica comprender la realidad material y humana como misterio que sobrepasa nuestra capacidad de adueñarnos racionalmente de lo que somos. Quizás pueda ser útil para nuestra comprensión parafrasear la definición del Concilio de Calcedonia al hablar de las naturalezas de Cristo. En Cristo, la naturaleza divina y humana se dan «*sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación, en modo alguno borrada la diferencia de naturalezas por causa de la unión, sino conservando, más bien, cada naturaleza su propiedad y concurriendo en una sola persona y en una sola hipóstasis, no partido o dividido en dos personas, sino uno solo y el mismo Hijo unigénito, Dios Verbo Señor Jesucristo (...)*» Porque el misterio de la Encarnación de Cristo rige de algún modo toda realidad, la búsqueda de la verdad desde la fe y desde la razón también debe darse así: sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación, sin borrar las diferencias de los saberes, conservando cada uno su particularidad aunque concurriendo en una misma realidad. Desde aquí es entendible la posibilidad de la fe de completar la búsqueda del saber profundo de la ciencia en su propio ámbito siempre en diálogo y, como nos lo han recordados nuestros últimos pontífices, en una actitud de diaconía, es decir, de servicio.

2. Fe, Verdad y bien común

A menudo la verdad queda hoy reducida a la autenticidad subjetiva del individuo, válida sólo para la vida de cada uno. Una verdad común nos da miedo, porque la identificamos con la imposición intransigente de los totalitarismos. Sin embargo, si es la verdad del amor, si es la verdad que se desvela en el encuentro personal con el Otro y con los otros, entonces se libera de su clausura en el ámbito privado para formar parte del bien común. (LF 34)

Estas líneas del Pontífice tienen un movimiento que es muy interesante dilucidar porque puede ser muy iluminador del accionar del docente universitario. Propongo leerlo del siguiente modo:

- En un contexto sociocultural marcado por la subjetivación y la individuación de la autenticación de la verdad expresada claramente en la caída de los grandes relatos, el Santo Padre propone el paso de la autenticidad subjetiva de la verdad a la búsqueda de una verdad común. El docente católico no puede perder de vista en su enseñanza y en su propio desarrollo profesional y científico que hay un horizonte de Verdad que, incluso aprehendido desde diversas subjetividades, es único. Es esa la Verdad a la que la docencia sirve.
- Pero este camino de búsqueda y explicitación de la Verdad tiene, según el Papa, un doble modo posible. Cuando la búsqueda de la Verdad y sus

resultados parciales son propuestos intransigentemente como un absoluto, la riqueza de la verdad buscada deviene en Totalitarismo. La Verdad inabarcable se supone alcanzada, poseída, adueñada y, por lo tanto, no hay posibilidad para el diálogo y, en última instancia, no hay lugar para la fe pero tampoco para la razón. Por el contrario, cuando la Verdad buscada (inaprensible en su totalidad) es comprendida como absoluto y como un bien para el hombre, aparece la necesidad de una permanente búsqueda ya no sólo por curiosidad o por necesidad de una satisfacción intelectual, sino porque se comprende que la búsqueda de la Verdad viene unida al bien común de la sociedad. Creo que en estas ideas hay una inagotable riqueza para nuestra docencia.

- Así, la búsqueda de la Verdad se convierte en liberadora del subjetivismo y del individualismo propios del hombre de hoy para pasar a ser servidora del Bien Común. En definitiva tenemos que cuidar dónde ponemos el acento del absoluto: si en nuestra pequeña verdad encontrada, o en la Verdad que, permaneciendo siempre como Misterio luminoso, se deja buscar y encontrar.

Por último, propongo un paso más a partir de lo expuesto por el Santo Padre. Es muy interesante la oposición que el Papa Francisco hace entre totalitarismo y bien común en torno a la búsqueda de la Verdad y en el contexto de la subjetivación o individuación de la misma, tal como lo describimos anteriormente. Puede resultar muy desafiante, y en cierto modo hasta innovador, comprender la categoría “bien común” como lugar de diálogo fe-ciencia. Es un piso sobre el cual podemos pararnos para dialogar: es innegable que la ciencia busca el bien común tanto como la fe. (También es cierto que tendremos que acordar, en un segundo momento qué entendemos por “bien común”.) Me parece una novedad poco explorada que podría devenir en caminos de diálogos por demás enriquecedores e interesantes. Por lo pronto, esta intuición puede enriquecer nuestra comprensión sobre la docencia como servicio al bien común universitario, “bien común” en el cual fe y ciencia pueden encontrarse en un diálogo fecundo en búsqueda de la Verdad.

3. Verdad y humildad científica

La verdad de un amor no se impone con la violencia, no aplasta a la persona. Naciendo del amor puede llegar al corazón, al centro personal de cada hombre. Se ve claro así que la fe no es intransigente, sino que crece en la convivencia que respeta al otro. El creyente no es arrogante; al contrario, la verdad le hace humilde, sabiendo que, más que poseerla él, es ella la que le abraza y le posee. En lugar de hacernos intolerantes, la seguridad de la fe nos pone en camino y hace posible el testimonio y el diálogo con todos. (LF 34)

Del párrafo que estamos intentando profundizar en pos de iluminar nuestra tarea docente, estas líneas sintetizan la actitud docente frente a la Verdad. Actitud no sólo “religiosa” sino también científica.

La ciencia, el conocimiento racional, el saber en general generan seguridad en las personas. Asimismo, la fe crea seguridad en el creyente. El avance del espíritu, movido por ambas alas, se siente seguro mientras asciende y, naturalmente, transmite desde esta seguridad su experiencia de fe y de ciencia a los otros. En nuestro camino docente esto es cotidiano.

¿Es malo sentir seguridad de nuestra ciencia y de nuestra fe? El Santo Padre ilumina esta pregunta describiendo dos posibles actitudes que derivan, de modo similar a lo expuesto en el punto anterior, de nuestra propia actitud ante la Verdad.

- La seguridad de fe y la seguridad científica pueden devenir en arrogancia, intransigencia, violencia o actitud que aplasta la persona cuando el docente universitario se piensa poseedor de la Verdad y propone el camino de enseñanza como dueño y no como servidor. En esta actitud, la seguridad del conocimiento cierra toda posibilidad de diálogo, respeto, convivencia; cierra también toda posibilidad de hacer ciencia porque se parte de la convicción y no de la pregunta, se parte del punto de llegada y por lo tanto no es necesario caminar, sólo cabe imponer el camino a los demás que, por no haber todavía llegado a esta verdad, están en una situación de inferioridad.
- Cuando el docente comprende que la Verdad «*le abraza y le posee*» la actitud es la de la humildad, la del servicio a esta verdad; actitud que lo abre al diálogo, al respeto, a la convivencia, pero que también torna en actitud científicamente fructífera porque se comprende “en camino”: tan en camino como el que acaba de empezar a formarse o el más versado en la ciencia o en la fe. El docente se auto-comprende abarcado por un misterio que ilumina su realidad y la realidad que lo rodea y su trabajo en la Universidad se convierte en diaconía de esa Verdad que lo alienta a no quedarse tranquilo con lo que sabe, sino a abrirse a “todos”, quizás especialmente a los que ponen en cuestión esta Verdad que el docente tanto ama.

Desarrollar en nuestra tarea docente una actitud profundamente científica y profundamente religiosa, implica involucrarnos en esta diaconía de la Verdad que nos posee y comprender nuestro trabajo siempre como búsqueda y nuestra seguridad siempre como servicio. Para que la seguridad no se nos convierta en arrogancia, para que nuestro saber racional no devenga en una actitud contraria a la ciencia o nuestra fe no nos ponga en actitud defensiva o intolerante es necesario que el docente se comprenda servidor de aquello que transmite y nunca poseedor de su totalidad.

4. La fe y el mundo material

Por otra parte, la luz de la fe, unida a la verdad del amor, no es ajena al mundo material, porque el amor se vive siempre en cuerpo y alma; la luz de la fe es una luz encarnada, que procede de la vida luminosa de Jesús. Ilumina incluso la materia, confía en su ordenamiento, sabe que en ella se abre un camino de armonía y de comprensión cada vez más amplio. La mirada de la ciencia se beneficia así de la fe: ésta invita al científico a estar abierto a la realidad, en toda su riqueza inagotable. La fe despierta el sentido crítico, en cuanto que no permite que la investigación se conforme con sus fórmulas y la ayuda a darse cuenta de que la naturaleza no se reduce a ellas. (LF 34)

Lejos de cualquier tipo de reduccionismo espiritualista y apelando a la analogía de la Encarnación, el santo Padre avanza en su propuesta: la fe, unida a la verdad, lanza al creyente al “mundo material” porque al iluminar este mundo la fe abre a la comprensión de un orden y una armonía profundos. En esta apertura a la materialidad de la realidad a la que lo invita la fe, el docente católico es llamado una vez más a profundizar su rol pastoral en la universidad.

El hombre de fe aparece como un beneficio para la ciencia. Así, el docente en la universidad con su sola presencia como persona creyente enriquece la realidad. El Santo Padre destaca algunos motivos:

- Como antes lo insinuamos, la fe invita al docente a estar abierto a la realidad y no a cerrarse cómodamente en sus propias posturas. La realidad, para el docente católico, permanece siempre como un mundo de riquezas inagotables y por lo tanto permanece siempre como misterio. La fe pone al educador en actitud de constante búsqueda porque se deja interpelar por la realidad que la fe le muestra.
- La fe despierta el sentido crítico. Ante la actitud del hombre que se enquistaba en su postura, sus seguridades y su tarea; incluso ante el prejuicio del dogmatismo católico del que tantas veces se nos acusa, el Santo Padre invita a desarrollar, a partir de la fe, un espíritu crítico: observador, despierto, inteligente pero siempre creyente y en búsqueda de Dios.
- La fe no permite el conformismo. Porque en definitiva el conformismo es la otra cara de la arrogancia: sólo está conforme el que cree haber llegado a encontrar lo que buscaba y nosotros, docentes universitarios católicos, buscamos la Verdad. Esta Verdad luminosa es la que no nos permite aceptar como absolutos las pequeñas verdades que en el camino del conocimiento vamos adquiriendo con nuestro esfuerzo científico y nuestra tarea educativa. Cuando un docente supone haber obtenido la Verdad, es bueno que sepa que pudo haber descubierto cualquier otra cosa menos la Verdad que, en sí misma, es Eterna e Inaprensible y por lo tanto nos mantiene siempre en tensión, en búsqueda, en camino.

Conclusión

Invitando a maravillarse ante el misterio de la creación, la fe ensancha los horizontes de la razón para iluminar mejor el mundo que se presenta a los estudios de la ciencia. (LF 34)

Varias preguntas abrían nuestra reflexión. Algunas de ellas ya encontraron en el desarrollo algunas luces que pueda iluminar nuestros cuestionamientos. Pero quiero concluir destacando la importancia de la tarea pastoral del docente universitario de hoy.

Nuestras universidades necesitan hoy quizás más que nunca docentes que se reconozcan y vivan como agentes de pastoral. Muchas veces hemos reservado este término a los alumnos que participan de alguna instancia eclesial organizada dentro de las universidades. Creo sinceramente que esto es insuficiente.

Más allá de la valiosa colaboración que muchos docentes dan a las distintas Pastorales Universitarias de nuestro país (tarea que seguimos valorando, alentando y esperando), no podemos encerrar la dimensión pastoral en los trabajos “explícitamente pastorales”. Es necesario que el docente universitario encuentre en la misma docencia esta dimensión pastoral, que incluso en algunos casos permanecerá implícita pero siempre presente y desafiante.

Podríamos decir que un docente es agente de pastoral en la universidad cuando se deja cuestionar a sí mismo por la fe que profesa y deja que en su mismo corazón y en su inteligencia el diálogo entre lo que cree y lo que estudia y enseña permanezcan siempre en búsqueda de la Verdad, Verdad que nos hace humildes, que busca el bien común, que nos lanza a la realidad para seguir preguntando y dejarnos que ella nos cuestione. La consideración del educador como Agente de Pastoral Universitaria implica, sobre todo, comprender que la fe ensancha los horizontes de la ciencia y de la razón y que muchas veces la única voz posible de la fe en nuestras universidades, ya sea con sus superiores, colegas o alumnos, es la de un docente universitario católico que ha dejado que su fe impregne su accionar diario.

Bibliografía

Benedicto XVI (2011). *Discurso a los Jóvenes Profesores Universitarios*. Recuperado de http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2011/august/documents/hf_ben-xvi_spe_20110819_docenti-el-escorial_sp.html

Hervieu-Léger, D. (2008) "Producciones religiosas de la Modernidad". En Mallimaci, F. (comp.) *Modernidad, Religión y Memoria* (pp. 15-39). Buenos Aires: Ediciones Colihue.

Márquez Bargalló, Conxita y Roca Tort, Montserrat (2006). "Plantear preguntas: un punto de partida para aprender ciencias", *Revista Educación y Pedagogía*, Medellín, Universidad de Antioquía, Facultad de Educación, vol. XVIII, núm. 45 (mayo-agosto). pp. 61-71.

Wartosfsky, Marx (1968). *Introducción a la filosofía de la ciencia*, Madrid, Alianza.

Siglas

LF: Carta Encíclica *Lumen Fidei* del Sumo Pontífice Francisco sobre la fe. (2013)

FR: Carta Encíclica *Fides et Ratio* de Sumo Pontífice Juan Pablo II sobre las relaciones entre la fe y la razón. (1998)

GS: Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II sobre la Iglesia en el mundo actual. (1965)